

¡La Habana no aguanta más!

Por DIMAS CASTELLANOS

Desde hace mucho tiempo, los habaneros viven en medio de continuos derrumbes. Sin embargo, no por ello cada suceso de esa naturaleza deja de provocar sobresaltos. Eso fue exactamente lo que ocurrió a las seis de la tarde del pasado 29 de junio cuando un estruendo, similar al estallido de una bomba, anunciaba a la barriada capitalina de San Leopoldo el más reciente desmoronamiento.

Los añejos edificios – muchos de los cuales se conservan en pie por la combinación de la gracia divina, los puntales de madera, la pobre existencia de opciones y la osadía de los ocupantes– ya no resisten la humedad provocada por las lluvias. Como resultado de ello, partes del techo y de la escalera que comunicaba los 22 cuartos o apartamentos del edificio de tres plantas, situado en Manrique 622 entre Reina y Salud, se vino abajo tal y como ocurre durante los bombardeos en tiempos de guerra.

Con excepción de Ileana, la única vecina del lugar lesionada (sufrió un ligero golpe en la espalda), esta

vez, por obra y gracia del Espíritu Santo, no hubo que lamentar muertos o heridos. En cambio, el resto de los ocupantes –entre ellos niños y ancianos– quedaron atónitos al comprobar desde sus ventanas, que habían quedado aislados del mundo exterior por los escombros acumulados en el área de la escalera.

Para mayor desesperación de los atrapados, los miembros del cuerpo de bomberos que arribaron al lugar no pudieron proceder a la evacuación por la ausencia de los técnicos de la Dirección Municipal de Vivienda, quienes tienen la responsabilidad de valorar el estado del inmueble antes de iniciar las operaciones de rescate. Seis horas después, los perjudicados comenzaron, sin el permiso de los especialistas y a riesgo de sus vidas, a retirar los escombros.

Según los vecinos, el inmueble, cuya construcción data de la segunda década del pasado siglo, estaba apuntalado por dentro y declarado inhabitable desde hace 20 años. En una oportunidad, el tercer piso fue deshabitado y los ocupantes reubicados,

pero la alta demanda de viviendas hizo que, a pesar del peligro, otras personas con mayores necesidades se redistribuyeran los cuartos abandonados.

Posteriormente, se adquirieron los materiales para la reparación, pero la penuria y la deteriorada moral hizo que una buena parte de esos materiales tomaran un rumbo “desconocido”. Por último, hace aproximadamente un año se anunció la esperada reparación, que tampoco se inició. Ante tan larga espera, la gastada escalera lanzó su último grito: ¡no aguanto más!

A la pregunta de qué había hecho la delegada del Poder Popular para resolver esa crítica situación, una de las ocupantes del inmueble expresó: *“¡Ella es la que más lucha, pero no tiene potestad, y eso se lo digo yo a cualquiera que venga aquí!”*.

A las 12 horas del día siguiente, el jueves 30, los técnicos de la Dirección Municipal de Vivienda no habían aparecido y las desesperadas gestiones de la delegada del Poder Popular –también habitante del edificio– continuaban sin



Muchos de los añejos inmuebles existentes en nuestra capital ya no resisten el embate del tiempo y la falta de mantenimiento. La foto de Silvio del Valle corresponde al derrumbe ocurrido hace años en un edificio de las calles Consulado y Trocadero, en Centro Habana.

respuestas. En ese momento, un grupo de ocupantes se dirigía por decisión propia al Consejo de la Administración Municipal del Poder Popular de Centro Habana para reclamar una solución.

Una reflexión sobre lo acaecido demuestra, de un lado: crecimiento poblacional, envejecimiento del fondo de viviendas, falta de mantenimiento, derrumbes y bajo ritmo de construcciones. De otro lado: control desmedido del Estado que impide a los ciudadanos participar como sujetos en las posibles soluciones.

El intento de edificar viviendas únicamente por parte del Estado, durante casi medio siglo, no sólo ha sido incapaz de resolver el déficit existente antes de 1959, sino que, lamentablemente, ha empeorado la situación en ese sentido. La experiencia histórica, nacional y foránea, ha demostrado que sin la participación activa de la ciudadanía y de la sociedad civil es imposible encontrar una solución definitiva.

A las autoridades no les queda otro remedio que enfrentar la solución por la única vía posible y probada:

propi-
ciar, entre otras cosas, la existencia de un mercado de materiales de construcción a precios accesibles al ciudadano medio, además de permitir los derechos correspondientes para la participación de los ciudadanos como propietarios, inversionistas y dueños de pequeñas empresas de edificación y producción de materiales para la construcción.

Son medidas que pueden brindarle una solución o un sustancial alivio a tanta penuria. De lo contrario, seremos espectadores del